

Con lo dicho hemos realizado el propósito de dar a conocer, aunque escuetamente, la importante obra del ilustre profesor Mouchet, obra que honra a la ciencia hispanoamericana.—ENRIQUE MOLINA.

<https://doi.org/10.29393/At197-10SMEM10010>

LA SUGESTIÓN DE LA MONTAÑA, poesías de *Estela Miranda*.—
Nascimento

Estela Miranda es una de nuestras escritoras y poetisas más interesantes. Su inquietud emotiva es permanente y se vacía en los anchos cauces de un verso espontáneo y fácil, sin trabas métricas y cantante de armonía, de vocablos pulidos y novedosas imágenes. Busca de preferencia la poesía descriptiva, pero siempre relaciona el paisaje con sus estados de alma y así va haciendo a la naturaleza intérprete de sus sueños y esperanzas. A diferencia del espino, ese solitario penitente de que nos habla en uno de sus poemas, que está siempre esperando que calle el bosque bullicioso para decir su ciencia de ermitaño. Estela Miranda ha dicho su mensaje lírico y sus versos han volado sobre el país y salvado las fronteras chilenas. Sus dos tomos de versos, «Lejanías en el desierto» y «Sugestión de la montaña», definen a una poetisa de alta y sostenida inspiración, que sabe interpretar en forma clara y brillante las ideas y los sentimientos que le sugiere el maravilloso espectáculo de la naturaleza y el devenir de su vida, muchas veces atormentado, pero siempre con una ventana abierta a la esperanza. Como artista, Estela Miranda halla en la belleza del mundo la recompensa magnífica a todos sus infortunios, más aún, ve en éstos una premisa necesaria a la revelación de la hermosura y la gracia del mundo, pues el dolor ha afinado la sensibilidad hasta permitir la mística revelación de la belleza. Son las almas solitarias y atormentadas las que buscan nuevos

horizontes a su ansiedad, como el buho, que proscrito del día descubre la grandeza de la noche.

Estela ama apasionadamente la vida. ¿Cómo no había de amarla una poetisa para quien el bosque está lleno de armonías y revelaciones, que escucha las confidencias del agua y de la brisa y se extasía ante la maravilla de la luz? Pero su panteísmo no impide que en sus momentos amargos busque una senda oculta y solitaria para sus anhelos. Así la vemos insinuar más de una vez una esperanza de un destino superior para su alma atribulada: «Cuando estén las pupilas cegadas de infinito,—se habrá saciado el ansia abrumadora—que me agobia el espíritu.—Poseeré tesoros extraños y magníficos,—para ofrecer a mi pobreza,—cuando tenga las manos colmadas de vacío». Otras veces, herida por la tormenta incesante de la vida, su esperanza ancla, simplemente, en la playa de una quietud eterna, como expresa, con admirable poder de síntesis, el pequeño poema «Para después»: «Cara a la inmensidad...—la frente serena.—Entre los labios,—piedra caída en las aguas del lago,—la palabra helada.—Y el cansancio — dormido entre cuatro tablas...

Estela ha abierto más de una vez los ojos a la complejidad de su vida interna y ha encontrado un mundo en el arca sellada del subconsciente. Tal lo dice en la poesía «La otra presencia»: «Mas allá de la voz,—aparece un acento—desconocido,—que se revela en el silencio.—Detrás de las miradas,—algún reflejo. En toda reflexión,—aun en la más íntima,—levanta su presencia ajeno pensamiento.—Y en la emoción más vibradora,—contrabando jugado a la vida consciente,—hay otros sentimientos».

Como se ve, estamos aquí muy lejos del tipo corriente de la poetisa sensual y epidérmica a que estamos ya acostumbrados. Los pensamientos y los sentimientos prevalecen sobre las sensaciones. No hay en Estela la grosera voluptuosidad de los sentidos, sino la voluptuosidad espiritualizada de la meditación

y el ensueño. Otra de sus cualidades sobresalientes es su originalidad, su personalidad propia, ajena a influencias extrañas. Nada de los efectismos verbales de García Lorca, ni del caos fulgurante de Neruda, ni de las arrogancias de Huidobro. Tampoco la ha desviado de su ruta ese polo magnético de la Mistral, a pesar de que como la gran poetisa tiene también tendencia a la amargura y la melancolía.

En resumen, estamos ante una poetisa que ha entregado ya hermosos poemas, cuajando en irisados prismas la amarga sal de la vida. Mucho se puede esperar aun de ella, pues entra recién en la madurez de su talento. Esperamos que dé mayor concentración a su obra futura, como el vendimiador que destila sus mostos hasta obtener el alcohol puro.

Tan importante como su labor poética, es la obra crítica de Estela Miranda. Ha publicado un valioso libro de crítica literaria, «Poetisas de Chile y Uruguay», en que mostró su aguda comprensión, la flexibilidad de su temperamento y esa noble facultad de artista de ampliar y multiplicar la belleza recibida. Ya dijo Wilde que el crítico es un artista, cuyo tema es la obra de arte, como para el novelista lo es la vida misma.

A esta obra se han añadido después varios ensayos sobre escritores chilenos, leídos por su autora en la Universidad de Chile. Mariano Latorre, Rafael Maluenda, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Juan Guzmán y otros han sido detenidamente estudiados en bien meditados y luminosos trabajos. Ha consagrado también un valioso estudio al gran poeta persa de «Los Rubayatas», al que ha devuelto su verdadero carácter de poeta sensual y escéptico, quitándole el falso nimbo de religiosidad y misticismo que se había ceñido indebidamente a su sien.

Estela Miranda ha consagrado su vida a las letras, en su labor de poetisa, en la crítica literaria y en la cátedra de castellano. Puede esperarse mucho todavía de su actividad y su fervor literario.—DAVID PERRY B.

